

El infortunio estético

Amadeu Santacana

Profesor Asociado, ETSAV - UPC

3 “-París – dijo con aire soñador [Hitler]- es la ciudad más bella del mundo.
v ¡En cambio, qué feo es Berlín!”

Leni Reifenstahl. *Memorias*. Lumen, Barcelona, 2013.

El sapo es la nueva ternera... El éxito ha sido abrumador. Se cruzaron los espacios de seguridad con los beneficios económicos. El modelo se ha consolidado y está ya implantándose en nuevas configuraciones. Las fachadas romanas se introdujeron como escenografías de soporte de los rótulos de las tiendas en los centros comerciales, el agua depurada en recirculación se expandió en los interiores de los aeropuertos, la extensión de la condición doméstica (“Enlargeyourhouse”, Isaiah 54: 2-3, versión bíblica del “Enlargeyourpenis”) –vestir con gorra deportiva, pantalones cortos y chanclas- ya se produjo en los interiores continuos. El éxito se fue implantando a múltiples espacios sin ninguna relación programática, dando continuidad y homogeneidad entre sí como una natural extensión del consumo doméstico. Espacios interiores con unas garantías consolidadas y una minimización de los riesgos imprevisibles. Se consiguió mantener la misma temperatura, el mismo olor, la misma luminosidad en todos los espacios. Hay la misma temperatura en el KLIA -Kuala Lumpur International Airport - que en el Aeropuerto de Son Sant Joan de Palma de Mallorca. Hay la misma luz azulada en un hospital que en un gimnasio, un centro comercial, una biblioteca, un Instituto de secundaria, un tanatorio o un estadio deportivo descubierto por la noche. De hecho, hay exactamente la misma acústica de un ligero sonido de las renovaciones de aire. Se ha conseguido tener todos estos espacios desinfectados. En todos los sentidos. De gérmenes, de animales, de naturaleza, de peligros sociales... se ha desechado todo aquello que se considera una amenaza. Y se ha conseguido al mismo tiempo que aparte de la continuidad física entre los espacios interiores, haya una fusión visual entre los distintos lugares separados físicamente. Ya no podemos distinguir entre entrar a un tanatorio o a una biblioteca –nunca sabremos si es nuestro último día, o vamos a salir con una nueva lectura-. Todos los interiores son iguales, y muy fácilmente reconocibles y nos garantizan una franca comodidad por familiaridad. Con la misma protección que una mezcla de guardería de niños y un *Duty free*, con todos los habitantes similares, sin microbios, con la posibilidad de poder ir siempre al baño, y tener acceso a unos refrigerios. Ya no hace falta que salgamos jamás de nuestras grandes guarderías libres de contaminaciones.

Y sin darnos cuenta –o sin querer prestar demasiada atención- estos interiores han actuado como cualquier sistema evolutivo, como una especie que ha invadido también los espacios exteriores. Si las fachadas romanas se utilizaron de fondo de las marcas en los centros comerciales, ahora las marcas ya han salido hacia los exteriores de calles históricas. Los inmensos acotados interiores se han externalizado como una exportación masiva. Es la invasión definitiva. Si anteriormente no podíamos distinguir el interior de un aeropuerto con el de una biblioteca, ahora no podemos distinguir entre una ciudad y otra. Entre Kaufingerstraße de Munich y Quianmen de Beijing. Entre Post Street de San Francisco o la calle Florida de Buenos Aires. En todas hay las mismas melancólicas fachadas regionales de fondo con algún Zara, un Starbucks, un fast tex-mex, y un anónimo restaurante de sushi recién abierto. Un fondo con una aleación entre nostalgia y autenticidad. Una imagen evocadora de algún pasado que nos garantiza el seductor confort de la identificación común –las marcas comerciales- y una personalidad local –las fachadas de fondo- que avalan la diferencia exótica que buscamos en cualquier viaje. Una comfortable extravagancia que nos produce al mismo tiempo una apasionante exaltación de la familiaridad con un acogedor exotismo desinfectado. Si antes eran las

OPEN CALL.23-01-2019

fachadas romanas las que activaban la capa de la nostalgia identitaria en el interior de un centro comercial o un tanatorio, ahora son los rótulos comerciales los que logran estimular nuestros placenteros recuerdos en algunas calles de las ciudades. El gran desafío ha ido acompañado con expandir una misma identidad a nivel global y así los potenciales clientes se multiplican exponencialmente a diario, pudiendo moverse por todo el mundo dentro de este mismo espacio repetitivo con toques locales. La global-identificación. La globalización bendita. Gestionar los espacios exteriores con los mismos criterios que los interiores. Disney ya lo advirtió en 1956 en su primer parque temático. Bienvenidos a los espacios de libertad reprimida. El turismo, como extensión del consumo doméstico, ya ha convertido las ciudades en espacios interiores. Un continuo manto de seguridad enlazada de aeropuerto en aeropuerto. Unos espacios desinfectados donde satisfacer instantáneamente los deseos culturales, nutritivos, sexuales, fisiológicos... Unos espacios donde consumo y producción se enlazan ya de manera visible, sin esconderse el uno del otro. La adquisición se mezcla con la reposición. La esencia del funcionamiento de estos espacios es el continuo movimiento entre consumo y restitución, entre deterioro y mantenimiento. Un continuum de 24 horas los 365 días, como el slogan que usa la cadena americana Waffle House de "FastGoodFood" para resumir sus 24/7: "WaffleHousedoorshave no locks." Unas ciudades permanentemente enchufadas, donde los neones nunca se funden y donde ya no se puede distinguir entre la contaminación de la producción y la contaminación del consumo. Una epidemia invasiva que contiene en su naturaleza el crecimiento expansivo.

¿Por qué deberíamos pensar que esta expansión va a reducirse? ¿Por qué tenemos que sospechar que este efecto evolutivo de desinfección uniforme debe disminuir? ¿Hay alguna conjetura para no hacer desaparecer el lado salvaje de la humanidad? La construcción de espacios desinfectados contiene una paradoja en sí mismo. El propio agente que los está erigiendo –el ser humano– incorpora también en su genética unos comportamientos indomesticables. ¿Puede el mismo actor evolucionar hacia los espacios de control y tener al mismo tiempo una cierta atracción por el descontrol? ¿Puede que nos hipnotice más la informalidad de Berlín que la fotogenia de París? ¿Que cierta homogeneidad de Ámsterdam nos incomode más que la desfachatez de Rotterdam? ¿Que la desestructuración de una periferia nos interese más que la tematización de un centro histórico? ¿Puede que sea al revés? ¿Que las dos cosas nos produzcan atracción y repulsión? ¿Puede que tengamos que negociar entre ellas? Toda buena negociación es aquella en que ambos agentes deben quedar algo insatisfechos. Si uno de los dos lados sale totalmente satisfecho se puede considerar un abuso en uno de los dos sentidos, un predominio de una fuerza sobre otra. Entre el punto de la sensación de familiaridad y el de la seducción de lo ininteligible hay que entablar forzosamente una negociación. Unos pactos para amparar el lado indomesticable de la humanidad. Una negociación entre lo que ha sido expulsado y el espacio fumigado. ¿Puede que lo expulsado, sus residuos, sea la bendición posterior a la esterilización apoteósica de este purgatorio de baja calidad? ¿Qué los desechos físicos, culturales, sociales... sean la consagración para proteger lo no familiar?

Las entidades naturales utilizan distintos mecanismos para asegurar su supervivencia y protección en un medio hostil. Estrategias para sobrevivir a determinadas dinámicas de predominio o de fuerzas ajenas. Principios del medio natural propios de la supervivencia pero que en su suma regulan ciertos desequilibrios desproporcionados y garantizan un mayor grado de complejidad biológica y aseguran la fecundidad y la convivencia de la hibridación. Entre las especies –que siempre buscan la reproducción de sus genes como última finalidad para garantizar así su supervivencia– hay dos principios estratégicamente contradictorios y contrapuestos: el

escondese y el hacerse visible.

El camuflaje como sistema para pasar inadvertido, usando mecanismos cromáticos para no hacerse visible. El camaleón, reconociendo sus propiedades opta por el disimulo como técnica: "como no soy peligroso, mejor me escondo y me quedo quieto".

Al contrario que el camaleón, el sapo *Dendrobates tinctorius*, a la que también se le llama la Rana del dardo venenoso, posee una piel de color azul oscuro metalizado con manchas negras y amarillas. Esta apariencia tan llamativa como desagradable es una clara advertencia a sus posibles depredadores de que ella contiene un potente veneno compuesto por alcaloides en su piel que actúa directamente sobre el sistema nervioso de su atacante. El aposematismo es la condición cromática de afloraciones llamativas destinada a alejar a los depredadores. Es la señal de advertencia para repeler peligros y poder subsistir como especie. Es la advertencia directa: "Me muestro y digo que soy venenoso. Te aviso, de que si yo muero, moriremos los dos". Una clara y directa negociación. Lo inverso también a la atracción. Es el aviso de lo desagradable, de lo feo como mecanismo de repulsión. Es la necesidad del infortunio estético.

Los espacios desinfectados, con su directa persuasión turística masificada en algunas zonas de las ciudades, es un claro ejemplo de actividad que automáticamente pasa a excluir el resto de actividades urbanas con menos capacidad económica, eliminando así la complejidad del resto de capas urbanas. Al leer la innata estrategia que utiliza la rana *Dendrobates tinctorius* como mecanismo de defensa, se puede leer inversamente el peligro de la belleza y el confort urbano. Las ciudades históricas con una alta capacidad de atracción son siempre el punto de mira de los depredadores. Lo mismo les pasa a las personas con alta capacidad de atracción -estética, económica, o de poder...-. La falta de atracción, o lo que se le puede llamar el efecto del infortunio estético de una ciudad se convierte en una ventaja muy operativa como protección a ciertas dinámicas predominantes. Ser feos, lo que podríamos considerar que es una mala suerte, es al mismo tiempo un eficaz mecanismo de protección y supervivencia de aquellas capas consideradas infecciosas por algunos agentes. El principio natural del infortunio estético permite la resiliencia de algunos elementos indispensables e intrínsecos de la condición urbana. Actúa como un sistema para garantizar la longevidad urbana y social. Urgen algunas asquerosidades que emitan algunos mensajes claros de advertencia como la rana "Te aviso, de que si yo muero, moriremos los dos". Con menos capacidad estética y más capacidad operativa. Métodos de intimidación como un alto nivel de alerta antiterrorista, unos índices claros de violencia, un clima amenazador con una frecuencia regular en tornados, un sistema de tráfico contaminante... pueden colaborar a la coacción del depredador, pero son dinámicas muy puntuales que tienen una duración de solo 3 semanas -el tiempo que una noticia puede aguantar en la primera página de un periódico-. Se necesitan métodos con más permanencia y más convenientes, que aguanten en la percepción estable de la imagen de una ciudad y aporten unos sistemas de regulación más equilibrados y ricos en complejidad urbana. ¿Podemos ya empezar a introducir el infortunio estético como contra-respuesta? El lujo real ya no es de oro, y puede que para mantenerlo tengamos que introducir algunas inmundicias operativas.

^
3

Translation - - - -

THE ASTHETIC MISFORTUNE

"Paris -he [Hitler] told me emphatically- is the most beautiful city in the world. How ugly Berlin is in comparison."

The sieve of time: The memoirs of Leni Riefenstahl. Quartet Books, London, 1992.

The frog is the new cow. Success has been overwhelming. Security spaces got mixed up with economic benefits. The model has been consolidated and it's already being implemented in new configurations. Roman façades were introduced as support stage props for the store signs in the shopping centres, re-used treated water expanded throughout the interior of airports, the extension of domestic condition ("Enlargeyourhouse", Isaiah 54: 2-3, biblical version of "Enlargeyourpenis") -wearing a sports cap, shorts and flip-flops- has already taken place in continuous interiors. The success was implemented

into multiple spaces without any programmatic relationship, giving continuity and homogeneity between them as a natural extension of domestic consumption – interior spaces with consolidated guarantees and a minimization of unpredictable risks. The same temperature, the same smell, the same lighting was achieved for every space. There's the same temperature in the KLIA –Kuala Lumpur International Airport– as in the Son San Joan Airport in Palma de Mallorca. There's the same bluish light in a hospital as in a gym, a shopping centre, a library, a high school, a funeral home or an open sports stadium at night. In fact, there's exactly the same acoustic, a light sound of air recirculation. All these spaces are now disinfected – in every sense: free from germs, animals, nature, social dangers... everything that is considered a threat has been discarded. And at the same time, apart from the physical continuity between the interior spaces, the visual fusion between the different physically separated places has been achieved. We can no longer tell if we're entering a funeral home or a library –we'll never know if we're dying or leaving the place with a new book–. Every interior is the same, they're easily recognisable and guarantee us a honest comfort out of familiarity. They offer the same protection as a mixture between a children daycare and a Duty Free store, with similar inhabitants, without microbes, always with the possibility of using the bathroom and have access to some snacks. We no longer need to leave our huge daycare centres free from pollution.

And without noticing –or without wanting to notice–, those interiors have acted like any evolutionary system, like a species that has invaded the exterior spaces. Not only Roman façades were used as background for brands in shopping centres, but now also brands have moved towards the outside of historical streets. The immense internal boundaries have been externalized as a massive export. It is a definitive invasion. Before, we could not distinguish the interior of an airport from a library, now we can't distinguish between one city and another – between KaufingerstraÙen in Munich and Quianmen in Beijing, between Post Street in San Francisco and Calle Florida in Buenos Aires. All of them have the same melancholic regional façades as a background with a Zara, a Starbucks, a fast tex-mex restaurant and a nameless recently-opened sushi one. A setting with a mixture between nostalgia and authenticity. An evocative image of a past guaranteeing the attractive comfort of common identification –commercial brands– and local personality –the background façades that endorse the exotic difference we seek when travelling–. A comfortable peculiarity that produces both an exciting exaltation of familiarity and a welcoming disinfected exoticism. First, Roman façades activated the layer of identity nostalgia in the interior of a shopping centre or a funeral home; now, commercial signs are the ones that manage to stimulate our pleasant memories in the streets of the cities. The great challenge has entailed expanding the same identity at a global level so that the potential clients multiply exponentially every day, being able to travel the whole world within a repetitive space with local hints. The global-identification. The blessed globalization. Managing exterior spaces with the same criteria as interior ones. Disney warned us in 1956 with their first theme park. Welcome to the limited-freedom spaces. Tourism, as an extension of domestic consumption, has already turned cities into interior spaces. A continuous security blanket connects airport to airport. Sanitized spaces in which immediately fulfilling cultural, nutritional, sexual, physiological desires... Spaces where consumption and production are invisibly linked, without hiding from each-other. Acquisition mixes up with stocking. The key to the operation of these spaces is the constant movement between consumption and restocking, between deterioration and maintenance. A continuum of 24 hours a day, 365 days a year, as the slogan used by the American chain Waffle House serving "Fast Good Food" to sum up their 24/7 policy: "Waffle House doors have no locks". Cities permanently plugged in, where neon lights never burn out and where one can no longer distinguish the production-caused pollution from the consumption-caused pollution. An invasive epidemic containing expansive growth in its nature.

Why should we think that this expansion is going to reduce? Why should we suspect that this evolutionary effect of uniform disinfection will decrease? Is there any speculation not to make the wild side of humanity disappear? The construction of disinfected spaces contains a paradox in itself.

The very agent that is erecting them –the human being– also incorporates untameable behaviours into their genetics. Can the same actor evolve towards spaces of control and, at the same time, have a certain attraction for the lack of control? Can we be more attracted by the informality of Berlin than by the photogenic of Paris? Can the homogeneity of Amsterdam bother us more than the impudence of Rotterdam? Can the badly structuring of a periphery interest us more than the theming of a historical centre? Could it be the other way around? Can both things produce us attraction and repulsion? Is it possible that we have to negotiate between them? A good negotiation is the one in which both agents are left somewhat unsatisfied. If one of the parts is completely satisfied, it can be considered an abuse in one of the directions, a predominance of one force over the other. Between the sensation of familiarity and the attractiveness of the unintelligible negotiation must be necessarily initiated – a series of pacts to protect the untameable side of humanity, a negotiation between what has been expelled and the fumigated space. Could the expelled and its waste be a blessing after the tremendous sterilisation of this low quality purgatory? Could the physical, cultural and social waste be the consecration to protect what's not familiar?

Natural entities use different mechanisms to ensure their protection and survival in a hostile environment – strategies to survive certain dynamics of dominance or external forces. Principles of the natural environment which are part of the survival but which, as a whole, regulate certain disproportionate imbalances and guarantee a greater level of biological complexity and ensure the fertility and coexistence of hybridization. Among the species –always seeking the reproduction of their genes as the ultimate goal to guarantee their survival– there are two strategically contradictory and opposed principles: hiding and being visible. Camouflage is a system to go unnoticed, using chromatic mechanisms to avoid being visible. The chameleon, aware of its proprieties, opts for the technique of concealing: "As I'm not dangerous, I better hide and stay still."

Unlike the chameleon, the *Dendrobates tinctorius* or dyeing dart frog has a dark metallic blue skin with black and yellow patterns. This appearance, both showy and unpleasant, is a clear warning to its potential predators that its skin contains a powerful poison consisting of alkaloids that acts directly on the attacker's nervous system. Aposematism is a chromatic condition in form of conspicuous coloration aimed at warning predators off. It is a warning signal to repel possible dangers and be able to subsist as a species. It's a direct warning: "I show off and let you know I'm poisonous. I warn you that if I die, we'll both die." It's a clear and direct negotiation. It's the opposite of attraction. It's the warning of the unpleasant, of the ugliness as a mechanism of repulsion. It's the need for the aesthetic misfortune.

Disinfected spaces, with their direct mass tourism persuasion in some areas of the cities, are a clear example of an activity that automatically repels the rest of urban activities with less economic capacity, eliminating the complexity of the rest of urban layers. By reading the innate strategy used by the *Dendrobates tinctorius* as a defence mechanism, one can read the danger of the urban beauty and comfort. Historical cities with high power of attraction are always in the focus for predators. And the same happens to highly attractive people –for aesthetic, economic or power reasons–. The lack of attractiveness, what can be called the effect of aesthetic misfortune of a city, becomes a very operational advantage when protecting from certain predominant dynamics. Being ugly, something we could consider to be bad luck, is at the same time an effective mechanism of protection and survival of those layers regarded as infectious by some agents. The natural principle of aesthetic misfortune allows for the resiliency of certain essential and intrinsic elements of the urban condition. It acts as a system to guarantee the urban and social longevity. The existence of disgusting things that emit clear warning messages like the frog –"If I die, we both die"– is imperative. With less aesthetic capacity and more operational capacity. Methods of intimidation as high levels of terror threat, clear rates of violence, a threatening climate with frequent tornadoes or a polluting traffic system can contribute to the coercion of the predator, but they are isolated dynamics that can last up to three weeks –as long as the news appear on the front pages–. We need more permanent and convenient methods that keep a stable perception of the city and provide more balanced regulatory systems rich in urban complexity. Can we start using the aesthetic misfortune as counter-response? Real luxury is no longer made by gold, and we might have to introduce some operational filthiness to maintain it.